

La Biblioteca Nacional y la Guerra Fría: El episodio de la Biblioteca China

Alfredo Alzugarat¹

Resumen

En 1952 una voluminosa biblioteca proveniente de la China Imperial ingresó de manera secreta en la BNU proveniente de Ginebra, Suiza. La política de adquirir bibliotecas privadas para enriquecer el acervo bibliográfico tuvo en esta biblioteca su expresión más extraordinaria y, a la vez, la más polémica. El doctor Li Yu Ying y la intermediación de Fernandez Artucio. El vínculo de la biblioteca china con la república de Taiwán en tiempos de dictadura en Uruguay. El profesor Rafael Gomensoro y el destino final de la biblioteca china.

Palabras clave: Biblioteca Sino-Internacional, Li Yu ying, Mao Zedong, Taiwán, Enrique Iglesias.

El 7 de marzo de 1952, Dionisio Trillo Pays, entonces director de la Biblioteca Nacional de Uruguay, informaba oficialmente al nuevo ministro de Instrucción Pública y Previsión Social, Justino Zavala Muniz, la llegada de la Biblioteca Sino-Internacional. Se trataba nada menos que de 400 cajones conteniendo miles de libros, catálogos, adornos en jaspé, cerámica y porcelana, instrumentos musicales antiguos, trajes y máscaras de ópera, documentación importante,

1. Montevideo, 1952. Licenciado en Letras por la UdelaR, Narrador, crítico, actualmente integra el Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional de Uruguay. En esta institución ha publicado *El discurso testimonial Uruguayo del siglo XX* (2009), *Diario de José Pedro Díaz* (2011), *De la dinastía Qing a Luis Batlle Berres* (2014) y *Tratados y Ejercicios*, de José Pedro Díaz (2016). En 2013 coordinó *El libro de los libros. Catálogo de la biblioteca del Penal de Libertad* (1973-1985).

estanterías metálicas y de madera y otros muebles, y «un buen lote de obras de arte» como pinturas, grabados y pequeñas esculturas. El impresionante volumen había arribado al puerto de Montevideo procedente de Génova en cinco barcos que fueron llegando a pocas semanas de distancia uno de otro durante gran parte del año anterior. Mediante un procedimiento maratónico, camiones pertenecientes a la empresa química sino-uruguaya Perrin S.A., habían transportado los centenares de cajones desde la Aduana de Montevideo a la Biblioteca Nacional. «Se ha dispuesto instalar alguna parte de esta biblioteca en los ambientes que en breve estarían habilitados en el nuevo edificio en construcción», agrega Trillo Pays en el informe².

La Biblioteca Sino-Internacional, más conocida como «la biblioteca china», era en realidad una de las más extraordinarias muestras del arte y la cultura de aquel pueblo milenario y su núcleo central estaba integrado por la edición de 1891 de la Enciclopedia *Gu Jin Tu Shu Ji Cheng* (Completa colección de ilustraciones y de escrituras desde el principio de los tiempos hasta los tiempos actuales), monumental obra iniciada a principios del siglo XVIII por monarcas de la dinastía manchú y prologada por el emperador Yong-Zheng en 1725, origen del enciclopedismo chino y universal. Conocida también como la Enciclopedia Imperial, los chinos la llamaban simplemente «la enciclopedia amarilla» por el color de sus tapas. Se rescataban allí obras milenarias de literatura, filosofía, historia, rituales, por primera vez reunidas gracias a la labor de dos mil intelectuales, distribuidas en 10.000 volúmenes, 800.000 páginas en total. Se elaboraron de la misma 60 copias, la mayoría destruidas por potencias occidentales y algunas conservadas en los recintos de la Ciudad Prohibida de Beijing. Junto a esta maravilla histórica había además libros modernos de China y libros escritos en otras lenguas, incluidos los aportados por la Sociedad de Naciones, redondeando los 100.000 títulos. Con su arribo, la Biblioteca Nacional culminaba la que sin duda fue la más arriesgada y voluminosa empresa de adquisición de bibliotecas privadas llevada a cabo en Uruguay y, probablemente, en Sudamérica. Una aventura colosal que permanecería en el mayor secreto durante décadas.

2. Se refiere al actual edificio sito en 18 de Julio y Tristán Narvaja. Anteriormente la Biblioteca Nacional funcionaba a pocos metros de allí, en dependencias de la Facultad de Derecho, Universidad de la República.

Dionisio Trillo Pays había asumido como interventor de la biblioteca por designación directa del presidente Luis Batlle Berres, una vez se iniciara un proceso penal contra su anterior director, Juan Silva Vila. Tras las elecciones de 1950 y el triunfo de la fórmula encabezada por Martínez Trueba, se oficializó su cargo como director, rol que desempeñaría durante más de veinte años. Convencido de que la Biblioteca Nacional en los últimos treinta años no solo había incorporado escaso material bibliográfico sino que lo había hecho sin una clara orientación, se plantea, como impulso inicial de su gestión, la adquisición de bibliotecas privadas como manera de aumentar y a la vez enriquecer el acervo de la principal biblioteca pública de Uruguay. Consecuente con ello, en un memorándum elaborado en 1955, Trillo Pays afirma que «entre los años 1947 y 1950 se adquirieron todas las bibliotecas particulares que por muerte de sus propietarios salían a la venta. Asimismo, se hicieron gestiones para interesar a los poseedores de grandes bibliotecas para que hicieran sus inventarios, en forma de ser estimados en oportunidad por el Estado»³. Si bien la idea de acrecentar el patrimonio de la Biblioteca Nacional por esa vía no resultaba nada original si se tiene en cuenta que en 1919 se había adquirido la biblioteca del político e historiador Andrés Lamas y en 1943 los 8.000 volúmenes pertenecientes al Dr. Víctor Pérez Petit, fue la década del 50 la más prolífica en esa tarea incorporándose las de Buenaventura Caviglia, José María Saldaña, Luis Melián Lafinur, Ricardo Grille, Carlos Gómez Haedo y otras, a la vez que se inician gestiones para la obtención de muchas más. Fue una verdadera cacería de bibliotecas privadas que encontró a un veinteañero Ángel Rama prodigándose al frente de la Sección Adquisiciones. Se llegó así al extremo de rebasar los límites nacionales para la obtención de estos fondos, incorporándose la biblioteca del coleccionista argentino Antonio Santamarina, rica en material de folletería⁴. Será por ese camino que llegará a Montevideo la Biblioteca Sino-Internacional.



3. «Memorándum acerca de la necesaria adquisición de bibliotecas particulares y razón para pagarlo en parte por la vía de excepción que establece el artículo 29 de la Ley de Ordenamiento Financiero vigente.» Documento dirigido «Al Sr. Ministro y consejero electo, d. Justino Zavala Muniz.» Libro Archivo Notas Enviadas 1955. Este libro, como otros que serán citados más adelante, son parte del Archivo Histórico Administrativo de la BNU, donde se conserva la documentación administrativa de la Biblioteca encuadernada en sucesivos tomos desde 1840 en adelante.

4. Por más información sobre la adquisición de bibliotecas privadas véase el artículo «Por los tiempos de Trillo Pays».

Según Carlos Maggi, entonces al frente de la Sección Catalogaciones, la Biblioteca Nacional constaba entonces con doscientos treinta mil volúmenes y la incorporación de la BSI añadía a ese número un veinte por ciento más.⁵

Sin embargo, el origen de la misma y el por qué sería ofrecida a Uruguay por esos años es una historia que tiene su asiento en el marco internacional de la época y que supera los planes administrativos de la Biblioteca Nacional. Es, en realidad, un episodio de la Guerra Fría, del enfrentamiento entre las grandes potencias y la reordenación del mundo tras la Segunda Guerra.

Al fundarse la Sociedad de Naciones, varias poderosas empresas chinas —que daban salida a parte de sus ganancias patrocinando actividades culturales— resolvieron crear en Ginebra la Biblioteca Sino-Internacional (BSI). Para ello cumplió un papel fundamental la Comisión Nacional China para la Cooperación Intelectual, presidida, entre otros, por el biólogo y político Li Yu ying, también conocido como Li Shizeng. La biblioteca empezó a funcionar como tal en 1934, concebida como un centro de estudios e investigaciones sinológico, un órgano de enlace entre el mundo intelectual europeo y el chino. Si bien la institución contaba con el respaldo del gobierno de Nankín⁶ y comprendía algunas colecciones de pequeñas localidades chinas, el grueso de su acervo, incluido la famosa Enciclopedia Amarilla, era considerado como propiedad de Li Yu ying y así lo declaró él mismo en numerosas oportunidades. Era una biblioteca utilizada por su padre, Li Hongzao, quien fuera alto dignatario de la corte imperial, concretamente consejero y tutor del emperador Tongzhi. Durante el período de la República, Li Yu ying fue nombrado presidente de la Junta Administrativa del Museo del Palacio Imperial de Beijing, la llamada Ciudad Prohibida de los monarcas manchú. La biblioteca de su padre, que en realidad pertenecía a los emperadores como todo en el Palacio Imperial, tuvo entonces como probable destino la Universidad de Beijing hasta la década de los 30, cuando el avance del imperio japonés volvió inminente la invasión a China continental. Trasladada a Ginebra fue incorporada a la BSI, institución que sería administrada (tal como consta en actas de la Escribanía Varese, en Montevideo) por la editorial Shi Jie She (El

5. A pesar de estas afirmaciones de CM, la contribución de la BSI sería mayor aún pues se estimaba que poseía unos cien mil volúmenes, y no 46.000 como supone Maggi.

6. Capital de China por esos años.

Mundo) que Li Yu ying fundara en 1907. En la práctica, él era su representante y responsable de la misma.

Desde 1934 a 1949, la BSI transcurrió apaciblemente su existencia en varios sitios de la ciudad de Ginebra, sede también de la Sociedad de Naciones, a cuyo destino parecía ligada. El triunfo de los comunistas chinos cambió radicalmente la historia. Cuando al año siguiente la República de Suiza reconoció al nuevo gobierno encabezado por Mao Zedong, Li Yu ying tuvo plena seguridad de que la BSI sería reclamada como patrimonio cultural y de que se exigiría su retorno a China continental. Nunca, que se sepa, el gobierno de Mao efectuó reclamo alguno, ni en ese momento ni después, pero Li Yu ying tenía la fuerte convicción de que eso podía suceder en cualquier momento. Compartía ese temor su compañero, el Dr. Siao Yu, nombrado por Li Yu ying como director de la BSI. Siao Yu había sido bibliotecario de la Universidad de Beijing y conocía a fondo la biblioteca con la que Li Hongzao ilustrara al emperador Tongzhi, ahora en manos de Li Yu ying. Y seguramente la conocía del mismo modo Mao Zedong, que en su juventud de estudiante también había sido bibliotecario de esa Universidad.

Tanto Li Yu ying como Siao Yu entendieron que la BSI estaba en peligro y que era imperioso ponerla a salvo. La amistad de Li con el profesor uruguayo Hugo Fernández Artucio fue entonces decisiva. Los dos intelectuales, el chino y el uruguayo, se habían conocido hacia 1941 en los Estados Unidos, a través de las reuniones de la International Free World Association, una organización que debatía sobre los caminos para la paz mundial y el futuro de la humanidad después de la confrontación bélica que se estaba viviendo. Fue una amistad teñida de mutua admiración y respeto. Fernández Artucio, que había incursionado en esa organización tras la publicación de dos libros sobre la presencia nazi en Sudamérica y en Uruguay⁷, alguna vez invitó a Li Yu ying a conocer Uruguay si las circunstancias se lo permitían. Nunca imaginó el profesor uruguayo las consecuencias de esa simple atención hacia su amigo. Li Yu ying logró viajar a Montevideo en 1950 y días después de su arribo, Hugo Fernández Artucio le recomendaba visitar al director de la Biblioteca Nacional, Dionisio Trillo Pays.

7. *Nazis en el Uruguay* (Buenos Aires, 1940) y *The Nazi Underground in South America* (Nueva York, Farrar & Rinehart, 1942).

La Biblioteca Sino-Internacional surgió como una necesidad de expansión cultural que tuvieron los miembros más distinguidos de una de las tantas secciones de la ex Sociedad de Naciones. Con este motivo la biblioteca tuvo su asiento en Ginebra, y fue enriquecida con los años con aportes valiosos de material con que algunos particulares entendieron contribuir a los fines culturales de esta biblioteca. Posteriormente, cuando los sucesos políticos que ocupan la historia de China en un lapso de casi 20 años fueron arrojando a su gobierno en un duro y lento camino de éxodo, ciertos particulares entre los que se encontraba el doctor Li, trasladaron la riqueza de sus bibliotecas a la Biblioteca Sino-Internacional –informa Trillo Pays al ministro Óscar Secco Ellauri en junio de 1950.

Y continúa, inflamado del más puro idealismo:

El doctor Li es un hombre de cultivada inteligencia... Hijo de un pueblo secular ha visto derrumbarse instituciones y conceptos tenidos por permanentes en su patria. Está preparado pues, para ver más lejos que nosotros mismos en nuestro porvenir. Y ha elegido nuestro país como asiento de seguridad para la conservación de los tesoros bibliográficos que contiene su biblioteca. Y ha visto en el pueblo uruguayo, por su alto nivel cultural, por su espíritu abierto a todas las inquietudes de la política y de la historia y hasta por su posición geográfica, el pueblo destinado a ser una especie de Roma cívica, un centro de cultura internacional, una tierra que se respetará, aún en las contiendas del futuro.⁸

Uruguay, su Biblioteca Nacional, era el mejor refugio posible para ocultar una enorme biblioteca que se creía en apuros. Y no era solo por la garantía que podían ofrecer la amistad de Fernández Artucio o la bonhomía de Trillo Pays, sino porque era muy difícil, casi imposible, que a alguien se le pudiera ocurrir reclamar una biblioteca de la China milenaria en Uruguay. En ese entonces, Uruguay no tenía relación alguna con la China nacionalista de Chang Kai Shek, ahora reducida a la isla de Formosa o Taiwán, ni con la flamante China de Mao. China era un mundo extraño y lejano. Su idioma, su literatura y el conjunto de su cultura eran prácticamente desconocidos.

Las convicciones políticas del batllismo con respecto a la Guerra Fría, la ambición de Trillo Pays, el celo militante de Carlos Maggi, –entonces un veinteañero que además de sus funciones en la BNU era editorialista del diario *Acción*–, el respaldo de los ministros Secco Ellauri y César Charlone, y el entusiasmo del propio presidente Luis Batlle Berres, se aunaron no solo para aceptar la oferta de Li Yu ying de traer la BSI a Uruguay sino de hacerlo al ritmo que el intelectual

8. Carta de Trillo Pays a Secco Ellauri, 12 de junio de 1950, Archivo BNU.

chino proponía, es decir, de manera urgente. La premura fue tal que se decidió saltar el trámite formal a través del Ministerio de Relaciones Exteriores (que hubiera implicado un proceso burocrático de varios años) y hacerla llegar como si se tratara de una donación privada. En el correr de pocos meses, la Biblioteca Sino-Internacional recorrió en tren más de 380 kilómetros entre Ginebra y Génova y luego por vía marítima los casi 11.000 kilómetros que separan ese puerto italiano de la capital de Uruguay. El costo del traslado, incluido los seguros y el alquiler de los depósitos de la empresa naviera, se calculó en veinte mil dólares que abonó el estado uruguayo. La biblioteca pasó por la Aduana de Montevideo exonerada de impuestos y sin que quedara registro de su paso. A propósito, entrevistado en 2013, Jorge Batlle recordó cómo su padre, Luis Batlle Berres, asumió la adquisición de la BSI. Era «un hombre de cultura. Hubiera sido un tarado en no aceptar: la conservamos y no se la dimos a los comunistas».⁹

La llegada de la voluminosa biblioteca permitió también el ingreso al país de treinta ciudadanos chinos, entre ellos Lin Shi jing, el fundador de la industria química Perrin S.A. La operación se realizó, sin embargo, en el más absoluto secreto, tal como quería Li Yu ying, alegando para ello el temor a que la República Popular de China descubriera la maniobra. El propio Li emigró a Montevideo y pronto arribó también Siao Yu, director de la BSI, quien continuaría cumpliendo esa función en Montevideo con un sueldo que el Estado uruguayo pagó hasta su muerte en 1970. A pesar de los cuidados y precauciones, a fines de mayo de 1951, cuando todavía no había arribado el último de los barcos a Uruguay, el *New York Times* dio a conocer la noticia del traslado. El diario *El Día* tituló entonces: «Se halla en Montevideo la famosa biblioteca china». Nada cambió, sin embargo.

Ubicados los 400 cajones de la BSI en el depósito de la Biblioteca Nacional que daba a la calle Guayabos, residiendo ya en Uruguay tanto Li Yu ying como Siao-Yu, solo restaba iniciar una labor cultural en la que los chinos poseían grandes esperanzas. Estaban convencidos de que bastaba difundir el gran tesoro artístico que tenían en sus manos para atraer a curiosos, inquietos y amantes del saber hacia sus cursos y conferencias. Lo que siguió sin embargo fue un pesado silencio, apenas interrumpido por alguna nota en la prensa local. Los cajones



9. Tomado de Alsina, Andrés. «Biblioteca celestial», en *Rocket*, Año 1, N°1, 2013/2014, pp. 13-20 y 61-63.

siguieron cerrados y a los cursos de idioma y caligrafía china que se impartieron en el IAVA, de donde era director Fernández Artucio, y en el Liceo Francés, acudían muy pocas personas. El Estado uruguayo tampoco hizo nada por dar a conocer una biblioteca que había adquirido a alto precio y que podía significarle complicaciones en su relación con el exterior. «Comprar y almacenar», era la consigna de Trillo, y al igual que con otras colecciones ingresadas en ese período, se pensó que era suficiente con proporcionarle cobijo y que por sí solo estas iban a causar sus efectos. «Una biblioteca en cajones no tiene valor», dijo Li Yu ying en 1951, pero superados los esfuerzos iniciales, las conferencias, los llamados a la prensa para promocionar el valor de la misma, todo pareció quedar fuera del tiempo, en una espera anquilosada, inmutable.

Recién quince años después, el 3 de abril de 1967, la Biblioteca Sino-Internacional en Montevideo fue oficialmente inaugurada, en acto solemne, con la presencia de Li Yu Ying, ahora un anciano de 86 años de edad, del Ministro de Cultura Luis Hierro Gambardella, del embajador de la República de Taiwán y unos 50 concurrentes, entre los que no faltaban Hugo Fernández Artucio, Dionisio Trillo Pays y Siao-Yu. Una gran sala lindante con la avenida 18 de Julio (hoy Sala de Materiales Especiales) fue la destinada a partir de ese momento para la BSI. Para la ocasión fueron abiertos solo 32 cajones, en tanto los restantes permanecían aún con las marcas estampadas en Ginebra. Se fundó asimismo una Asociación de Amigos de la Biblioteca, que además de las personalidades ya mencionadas, contó también con José Enrique Etcheverry Stirling, entonces investigador de la INIAL, como secretario.¹⁰

Pocos meses después, se firmó en la Escribanía de Juan Pablo y Juan Antonio Varese el Testimonio de Protocolización de Declaratoria Relacionada, por el cual la institución pasaba a contar con personería jurídica propia. En dicho documento se establece la pertenencia de la biblioteca a la fundación Shi Jie She (El Mundo) y se establece que «la dirección de la Biblioteca Nacional se obliga a tener en depósito los materiales bibliográficos, obras y objetos de

10. Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, institución fundada en 1947 por el profesor Roberto Ibáñez que funcionaba en el edificio de la Biblioteca Nacional. J.E. Etcheverry Stirling es autor de *El americanismo de José Enrique Rodó*, en Revista de la Biblioteca Nacional, Época 1, N° 14, Marzo de 1976.

arte, mobiliario y demás útiles..., haciéndose cargo de su custodia y conservación». En la cláusula titulada «Estipulaciones de futuro», se indicaba que en caso de que la biblioteca fuera en algún momento retirada del país, se deberá reembolsar al gobierno de la República Oriental del Uruguay todos los recursos vertidos, tanto para el traslado de los materiales desde Ginebra como para el funcionamiento de la misma desde su llegada al país, incluyendo el derecho de piso devengado por el depósito de los materiales en dependencias de la Biblioteca Nacional de Uruguay, sin perjuicio de la indemnización que se entendiera pertinente por daño moral ocasionado por la frustración de la legítima expectativa creada por el Estado uruguayo en el sentido de mantener en territorio nacional, incorporándolo al patrimonio de la nación, tan valioso acervo.

Según la bibliotecóloga Alicia Casas de Barrán, entonces secretaria de la BNU, la BSI nunca dejó de ser una especie de embajada dentro de la Biblioteca Nacional, un espacio de soberanía extranjera, un recinto infranqueable. En efecto, al espacio, adornado desde el primer momento con farolitos chinos, solo ingresaba Siao Yu o algún otro subalterno. Se empapelaron los vidrios impidiéndose la visual desde el exterior. Nadie sabía que sucedía allí dentro, lo cual, unido al misterio de que por sí implicaba todo lo que era chino y la causa por la que la biblioteca había llegado a Uruguay, generaron un sinnúmero de rumores e invenciones. No faltaron quienes aseguraron que se trataba de una biblioteca «robada» a su país de origen, escondida como se esconde todo lo robado y, por eso, con sus cajones eternamente cerrados.

Quizá la permanencia en el cargo de Trillo Pays por más de veinte años haya sido un factor decisivo para explicar el hecho de que 400 cajones de libros depositados en los sótanos de la BNU en 1951 hubieran dado paso a una biblioteca abierta al público 16 años después, por más que casi nadie la frecuentaba. Es gracias a Trillo que un legado batllista, que era índice de un momento de estabilidad económica en el país por la inversión que en ella se efectuó, pudiera todavía darse a conocer cuando ese Uruguay batllista, la Suiza de América, ya se había derrumbado por la crisis económica y la represión política. Hacia fines de los sesenta y comienzos de la década siguiente, la biblioteca china abría aún sus puertas en un Uruguay muy distinto al que la había recibido, en un clima de polarización social que pronto desembocaría en la intolerancia y la debacle. Es en ese contexto que sus principales actores hasta ese momento fueron

desapareciendo. Trillo Pays murió en 1971. En 1973, a la edad de 92 años, falleció Li Yu ying y fue enterrado con honores en la República de Taiwan. Al año siguiente fallecieron Hugo Fernández Artucio y Siao-Yu.

En 1973, bajo la dirección en la BNU del profesor Adolfo Silva Delgado, se elevó al Ministro de Cultura, profesor Edmundo Naranco, un informe sobre la creación de la Sala 13, que contendrá todos los libros occidentales de la BSI como servicio abierto a todo público, a la vez que se propone la expropiación de la Iglesia sita en Guayabo y Pasaje Frugoni con la intención de que la casa habitación anexa (conocida como Casa del Pastor) fuera destinada a la BSI cumpliendo con el compromiso de que la biblioteca china tuviera un local propio, especialmente adecuado para el caso.

Mientras tanto, tras el golpe de estado de junio de 1973, el coronel Jorge Eduardo Marfetán asumió como delegado supervisor de la dictadura en el Palacio Taranco, antigua sede del Ministerio de Relaciones Exteriores. Junto a él se hallaba Ismael Solari Amondarain, un misterioso profesor y periodista que lo acompañaba en su gestión. Ambos soñaron con convertir el Museo de Artes Decorativas del Palacio Taranco en un gran museo internacional donde, según sus propias palabras, «poder exponer la mayor riqueza arqueológica de América, de la Ática antigua, Dodecaneso, Peloponeso y algo de arte musulmán, más de un millar de piezas de alto valor». ¹¹ Para eso decidió trasladar la momia egipcia del Museo de Historia Natural, entonces sito junto al Teatro Solís, y el conjunto de la Biblioteca China a sus dependencias.

Tal voluntad, sin embargo, no pudo llevarse a cabo. Adolfo Silva Delgado, valiéndose del Testimonio de Protocolización de 1967, probó con firmeza que «la BSI no puede ser transferida a ningún otro organismo público o privado mientras subsista el convenio de referencia». Pero habría un giro de tuerca en este episodio. En 1977, cuando Silva Delgado se retire del cargo, la Biblioteca Nacional será intervenida y el interventor será nada menos que el coronel Marfetán, quien también continuará siendo interventor del Palacio Taranco. Como nuevo director de la BNU asumirá Arturo Sergio Visca. El fiel Ismael Solari fue designado entonces director supervisor de la BSI.

11. Carta del coronel Marfetán a coronel Gabriel Barba, director general del MEC, 1 de noviembre de 1977, Archivo BSI.

Como rostro visible quedó, sin embargo, Lin Shi Jing, excuñado de Li Yu Ying y fundador de la industria química Perrin S.A. Por su parte, José Enrique Echeverry Stirling, secretario y tesorero de la Asociación de Amigos de la BSI, fue designado Ministro de Trabajo y Seguridad Social de la dictadura.

Durante este período la BSI fue factor importante en el estrechamiento de relaciones de toda índole entre los gobiernos de Taiwán y Uruguay. Por esa vía se amplió la incorporación de revistas chinas de actualidad, boletines culturales, ediciones oficiales de la Embajada de Taiwán escritas en español, y sobre todo folletos de propaganda anticomunista que muchas veces eran repartidos entre los funcionarios de la BNU. El paso más significativo fue en 1982 con la creación de la Fundación Cultural Sino Uruguaya, más conocida como Fundación China, que permitió insertar a la BSI y la BNU en el marco de acercamiento cultural que se venía desarrollando desde hacía unos diez años entre las dos naciones. Contó con un Directorio Honorario presidido por el doctor Washington Beltrán e integrado por destacadas personalidades del momento como el arquitecto Walter Pintos Risso, el contador José Pedro Damiani, el licenciado Miguel A. Klappenbach, decano de la Facultad de Humanidades, el profesor Victor Lamónaca, director general de Enseñanza Secundaria y otros.

En 1978 se realizó una Muestra de Arte y Literatura China en la Sala José Pedro Varela de la BNU, expresamente ambientada para la ocasión con decorados de bambú y loto, música china y exhibición de diapositivas, en una labor dirigida por el arquitecto Domingo Bellagamba con asesoramiento del arquitecto Andrés Guffanti¹². Por primera vez se exhibieron pinturas, tapices, dibujos, reproducciones fotográficas, instrumentos musicales antiguos, ábacos, 36 tipos de máscaras, la llamada Enciclopedia Amarilla, la Enciclopedia Azul y numerosos libros occidentales sobre China, datando el más antiguo del siglo XVI¹³. La exposición fue inaugurada en mayo por los más altos jerarcas de la dictadura (Aparicio Méndez, Gregorio Álvarez, Hugo Márquez, Hamlet Reyes, etc.) y se prolongó hasta setiembre de ese año. Los informes de la época registran alrededor de 9.000 visitantes.

12. Si bien hubo también una exposición en 1969 («3.000 años de arte chino»), la misma se limitó a un alto número de reproducciones de obras cuyos originales se hallaban en el Museo de Taipéi y no tenía una vinculación directa con la BSI.

13. *Marco Polo venetiano*, de Mattio Pagano, edición de 1555.

Pero lo más importante sucedió en 1983 con la llegada de los bibliotecarios chinos Huang Yuan-Chuan y Wang Fu Shou, quienes en el término de seis meses catalogaron los 1.064 libros que componían el tronco original de la colección, lo directamente vinculable a la dinastía Qing y al palacio Imperial de Beijing, lo máspreciado de la BSI. Resultado de esa labor fue el *Catálogo de los libros chinos antiguos de la Biblioteca Sino Internacional*, publicado en junio de 1984 con una parte introductoria bilingüe (español y chino) y contando con Arturo Sergio Visca como prologuista y editor. La segunda parte, el Catálogo en sí, se encuentra en chino antiguo.

Con la restauración democrática se replantearon algunos asuntos interrumpidos durante muchos años. Uno de ellos fue las relaciones con China continental, que estuvieron a punto de concretarse en 1973, de acuerdo a la señal inequívoca que había significado el viaje del presidente norteamericano Richard Nixon a Beijing en 1971 que permitió el reconocimiento de buena parte de Occidente a la República Popular de China. En Uruguay, finalmente, la apertura de relaciones se produjo en febrero de 1988 luego de largas conversaciones en Buenos Aires entre el contador Enrique Iglesias, entonces canciller uruguayo, y representantes chinos. La presencia de la BSI pudo haber sido un punto a tratar. Escribió Enrique Iglesias:

Yo conocía la existencia de la biblioteca que fue traída a Uruguay en el período de la Guerra de Corea en los años 50, y trasladada a Montevideo por un ciudadano chino... Siempre me intrigó el papel que el tema habría de tener en mis prolongadas negociaciones con las autoridades chinas. Pero nunca recuerdo la mención del tema... En todo caso, nunca fueron una condición para el establecimiento de las relaciones... En el establecimiento confidencial de las relaciones diplomáticas que suscribí con un viceministro chino, en la embajada de Buenos Aires, en el mes de noviembre de 1987, nunca se mencionó el tema... Es posible que los chinos hayan preferido dejar estos temas para los momentos en que se restablecieran las relaciones. Para ellos era muy importante cerrar el acuerdo, como también lo era para mí y, supongo, no querían perturbar su proceso con un tema menor.¹⁴

¿Había sido inútil todo el azaroso traslado de esta monumental y valiosa biblioteca desde el corazón de Europa a un pequeño país de Sudamérica, su encierro en una institución nacional durante

14. E-mail del contador Enrique Iglesias al autor de este artículo, 3 de octubre de 2013.

décadas, todas las diligencias acontecidas en torno a su conservación y resguardo? La República Popular de China tuvo la oportunidad indudable de al menos averiguar por el paradero de un bien fabuloso del que tenían absoluto derecho patrimonial. No lo hizo de inmediato pero el futuro de la BSI apareció desde entonces como sumamente incierto. Cuarenta años después la misma espada de Damocles volvía a cernirse sobre los viejos libros imperiales. La «barbarie comunista» tan invocada por Li Yu ying y Siao-Yu había llegado, ahora más real y más poderosa que nunca, hasta las antípodas, hasta donde nunca se pensó que podía llegar. Con otros personajes y en otros escenarios, la historia parecía volver a punto cero y Montevideo, que florecía en democracia, dejaba de ser el paraíso seguro para una biblioteca en fuga. Otra vez había que proceder con premura. Y otra vez la única opción era trasladar la BSI, esta vez para el último rincón del mundo que podía contenerla en esas condiciones, el mismo que Chiang Kai-shek desde el fin de la Segunda Guerra Mundial indicara para todos los tesoros esparcidos y ocultos que habían pertenecido a la Ciudad Prohibida: la isla de Formosa, Taiwán.

La exigencia de China continental para la apertura de relaciones había sido la ruptura simultánea con Taiwán, país que solo quedó representado en Uruguay por una oficina de negocios. Las presiones, por vía de ese organismo, para que la biblioteca fuera entregada a ese país, se hicieron sentir desde el primer momento. El último bibliotecólogo enviado por los chinos nacionalistas se marchó de Uruguay al romperse las relaciones. Recuerda Alicia Casas de Barrán el importante rol que desde ese momento desempeñó la ministra de Cultura, Adela Reta, realizando una encendida defensa de los derechos que al Estado uruguayo le correspondía para con la BSI en base a los convenios y acuerdos firmados.

En 1990, tras el triunfo del Partido Nacional en las elecciones, asume como ministro de Cultura el doctor Antonio Mercader. La dirección de la Biblioteca Nacional correspondía, por acuerdo electoral, al Movimiento Nacional de Rocha, por lo cual fue designado a cargo de la misma el poeta y profesor de literatura, Rafael Gomensoro Riverós.

Con el nuevo gobierno no se evidencia resistencia a los reclamos, cada vez más insistentes, ocasionados por la ausencia de una representación diplomática de Taiwán. Quizá el primer indicio de lo que habría de desencadenarse en los próximos años fue el pedido de informes sobre la BSI que el director Rafael Gomensoro realizara

a la Asesora Letrada de la BNU, doctora Ana María Balestena, cuya respuesta, del 9 de octubre de 1990, sintetiza de manera fiel lo establecido por el *Testimonio de Protocolización* de 1968. El segundo paso fue el 11 de noviembre de 1991 cuando, ante escribano público, Gomensoro (también en su carácter de presidente de la Asociación de Amigos de la BSI), y el ingeniero químico Lin Shi jing deciden, después de más de 20 años de atención al público, «cerrar los servicios de la Biblioteca Sino-Internacional». La Fundación Cultural Sino Uruguay se encargaría de traducir el inventario, que en el documento se adjunta en idioma chino. De esta manera, se procede a clausurar y lacrar la puerta que comunica los dos salones de la Biblioteca China en tanto la puerta principal de la misma permanecerá cerrada. Por más de un año nadie podrá acceder al recinto.

Habrá que esperar al 20 de marzo de 1993, para que la fantasmal Fundación *Shi Jie She*, resurgiendo de improviso desde Taipei¹⁵, efectúe el siguiente paso agradeciendo por carta a la BNU los buenos servicios prestados a la BSI durante tantos años y exprese que, «consciente que no existe de parte de los uruguayos en general mayor conocimiento del idioma chino (...) no pudiendo aprovecharse en toda su extensión», entendiendo que «en Taiwán hay muchas universidades que podrían utilizar los libros de la Biblioteca», se ha resuelto «retirar la mencionada colección» en cumplimiento de lo estipulado en la tercera cláusula del contrato suscrito en setiembre de 1969. A cambio la Fundación *Shi Jie She* «hará entrega de una donación que consiste en equipos tecnológicos y una suma de dinero en concepto de fondo de apoyo para la instalación y mantenimiento de los equipos mencionados, los cuales ascenderán a un valor total de U\$ 300.000 a los efectos de poder atender a las múltiples necesidades de la Biblioteca Nacional».

Todo parece indicar que la iniciativa de cierre y nuevo traslado intercontinental de la BSI proviene de sus representantes en Taiwán. La carta, sin embargo, firmada por Yen-Huan Wu, presidente de la Fundación *Shi Jie She*, sin duda es el resultado de una extensa negociación en la que debieron haber participado los miembros de la Asociación de Amigos de la BSI, la Fundación China, el director de

15. «La Fundación *Chekiai* (Shi Jie She) ha desaparecido y su delegado el Dr. Li Yu Ying, ha muerto», decía un informe de Visca y Marfetán dirigido al coronel Barba, el 16 de diciembre de 1977. Archivo BSI.

la Oficina Económica de Taiwán, doctor Roberto Chen Ming De, y el director de la BNU, Rafael Gomensoro.

El 12 de abril Gomensoro le escribe largamente al ministro de Educación y Cultura, doctor Antonio Mercader. En su misiva afirma que

durante algunos años la Biblioteca Sino-Internacional ha prestado al país un valioso aporte en tanto se dictaban en ella clases de pintura, idioma chino, cultura y funcionaba como museo (...) hace ya tiempo que por fallecimiento o enfermedad de los intelectuales chinos que se dedicaban al trabajo de preservar y difundir los valiosos materiales allí existentes, la Biblioteca ha perdido su dinamismo transformándose en un espacio inactivo.

Para Gomensoro una prueba irrefutable de lo que se afirma es que, clausurada la sala desde hace más de un año, no se ha registrado «ninguna acción a favor de su reapertura por parte de la ciudadanía uruguaya, lo que demuestra claramente el total desinterés que existe actualmente por dicho servicio». Gomensoro añade en su informe que

la sala que esta Biblioteca ocupa desde el año 1969 es la mejor de nuestra Institución, y como director considero y entiendo que dada la situación actual no se justifica la utilización de la misma para «un tesoro muerto» para nuestra cultura. En el futuro, en esta sala, estará ubicado el Museo de la Biblioteca Nacional que cuenta con extraordinarios materiales vinculados directamente a nuestras raíces culturales y que hoy se encuentran en una sala totalmente inadecuada por falta de espacio real.

La Fundación *Shi Jie She*, como propietaria, está en su legítimo derecho de reclamarla, afirma Gomensoro, quien, en la cláusula siguiente, insta a recibir la donación ofrecida,

pues nos permitirá incorporar la más reciente tecnología en informática, transformándola así en una Biblioteca acorde a las necesidades de la sociedad moderna. La incorporación de la informática permitirá al usuario uruguayo y a los investigadores acceder a los datos y conocimientos de manera eficiente, sin que ello implique una erogación para el Estado que de momento le es imposible de realizar.

En consecuencia, resuelve, «de acuerdo a las funciones inherentes a mi cargo y al marco jurídico vigente» autorizar el retiro de la BSI y «a realizar dentro de la sala china los trabajos necesarios para el cumplimiento de su misión»¹⁶.

16. Carta de Gomensoro a Mercader, 12 de abril de 1993. Archivo BSI.

No todo, sin embargo, era tan sencillo. El 20 de julio el ministro Antonio Mercader establece que

con respecto a la donación ofrecida por dicha Fundación y a la incorporación de tecnología de informática a la Biblioteca Nacional, es indispensable me remita Ud. un informe detallado sobre esta operación antes de proceder a realizar la misma.¹⁷

No sabemos si esta misiva, breve y tajante, llegó a tiempo a la BNU pues, al día siguiente, sin mayores dilaciones, se procede a la lectura y firma del documento que se conoce como *Devolución de la Biblioteca Sino-Internacional a la Asociación Chekiai (El Mundo)*. A partir de este momento la premura, casi de vértigo, se vuelve la nota dominante en las transacciones.

En el documento de *Devolución de la BSI...* se establece la entrega de la Biblioteca Sino-Internacional a la República de Taiwán a cambio de una donación de 300 mil dólares americanos «como agradecimiento a los cuidados prestados a dicho bien» y la apertura de una cuenta bancaria que «tiene como uso exclusivo cubrir los gastos de incorporación de tecnología en informática y la atención de diversas necesidades de la Biblioteca Nacional». En otra cláusula se establece que una vez efectuado el depósito, el director de la BN «deberá rendir cuentas sobre los dineros gastados para los fines antes mencionados exclusivamente» al representante del gobierno de la República de China y de la Asociación *Shi Jie She*, Chen Ming-De.

Como un engranaje de relojería o, mejor aún, como una acción planificada durante largo tiempo, distintos factores convergieron para que el nuevo traslado de la BSI se realizara en sordina, casi en el más absoluto secreto. Se dice que ni siquiera el director de la BNU, Rafael Gomensoro, estuvo presente. No hubo aviso oficial ni ceremonia alguna. No se conservan fotografías. No se enteró la prensa, mucho menos la flamante embajada de la República Popular China, y se aprovechó que el edificio estaba vacío a consecuencia de una huelga de los funcionarios de la Biblioteca Nacional por reclamos salariales, la cual se extendió por varias semanas de un inhóspito mes de julio. Tres contenedores bastaron para ocultar y mudar los libros escritos exclusivamente en chino, es decir, el 65 % de la BSI.

Tan silenciosa y clandestina como lo fue en su arribo, con su «Enciclopedia Amarilla» y sus libros milenarios, la BSI desapareció

17. Carta de Mercader a Gomensoro, 20 de julio de 1993. Archivo BSI.

para siempre del horizonte cultural de los uruguayos. Cuando la huelga terminó y los funcionarios volvieron, la gran novedad fue que se habían llevado la Biblioteca China. Todavía dos meses después, la enorme sala permanecía vacía y los pasos retumbaban en un piso polvoriento, con papeles y cajas rotas esparcidas por doquier. Mientras, en Taiwán, la BSI, tras su arribo a Taipei, fue definitivamente instalada en la Biblioteca Nacional (NCL, *National Central Library*) el 23 de setiembre, en una sala denominada Li Yu ying.¹⁸ El doctor Jorge Batlle, en ocasión de un viaje a Taiwán, pudo apreciarla directamente.

Viajé y pedí verla para comprobar que la tuvieran bien. Fue importante para Uruguay ser un eslabón cultural del que no se podía prescindir en esta historia. La conservamos y no se la dimos a los comunistas. Está en óptimas condiciones.¹⁹

Además de los 300 mil dólares mencionados, el «Inventario de piezas de arte y muebles donados por la Biblioteca Sino-Internacional a la Biblioteca Nacional de Uruguay» señala que quedaron en Montevideo más de 50 pinturas, 34 caligrafías, 12 cuadros de bordados enmarcados, reproducciones de cuchillos y dos piezas en bronce verde, numerosos instrumentos musicales chinos clásicos, vestimentas de la Ópera china, zapatos bordados, estatuillas de cerámica y de bronce, dos figuras en yeso de desnudos femeninos, un ábaco, tres tableros de ajedrez, tinteros de bronce, estampillas de plomo, zinc y goma. Fueron muchos los muebles que quedaron, entre ellos, 12 vitrinas, entre ellas cinco de exhibición, 17 estanterías para libros, varios ficheros, una mesa de mármol y ocho sillas, un escritorio y otras siete mesas²⁰. Alrededor de 5.500 libros no escritos



18. [http://www.ncl.edu.tw/upload/P1020327008/%E5%9C%8B%E5%9C%96%E5%B9%B4%E5%A0%B12008\(19.5MB\).pdf](http://www.ncl.edu.tw/upload/P1020327008/%E5%9C%8B%E5%9C%96%E5%B9%B4%E5%A0%B12008(19.5MB).pdf). 09.23.1993 *Over one hundred thousand volumes of collections from the Chinese International Library of Uruguay arrived in Taiwan and were donated to the NCL.*

<http://www.ncl.edu.tw/english/e5.htm>. *Chinese International Library, a collection of 100,000 volumes (90,000 in Chinese) created by Li Shih-Tseng, a notable figure of the early Republican period, which was transported to Taiwan from Uruguay where it had been stored. The collection consists of works from the Ch'ing dynasty (1644-1911 A.D.) to 1936, and is unquestionably a treasure.*

19. Alsina, ob. cit.

20. De todos estos objetos de arte solo permanecían, a setiembre de 2013, en la Sala de Materiales Especiales de la Biblioteca Nacional de Uruguay, el ábaco o *suanpan*, un tambor y otro instrumento de percusión, una estatuilla de cerámica, un soporte de metal de cinco

exclusivamente en chino, que componían la parte occidental de la BSI, permanecen aún hoy en la llamada Sala 13 (Segundo Piso), donde se conserva el material bibliográfico que perteneció antes a dicha biblioteca²¹. Fuera de todo inventario, se pueden hallar hoy en la Sala de Materiales Especiales, provenientes también de la BSI, 300 dibujos de niños chinos entre 5 y 13 años de edad (acuarelas, dibujos en carbonilla, sobre papel de estaño, *tambeau* de bambú), 150 grabados de mayor tamaño, una proclama llamando a la resistencia en la guerra contra el Japón, fotos de instrumentos musicales chinos antiguos y fotos de las instalaciones de la BSI en Ginebra. ¿Era todo esto suficientemente valioso como para compensar el traslado de la BSI desde Ginebra a Montevideo y 40 años de mantenimiento y conservación?

En la premura del momento, quienes procedieron efectivamente a llevarse la Biblioteca, dejaron también una valiosa documentación, hasta hace poco en parte desconocida en la BNU. La correspondencia de Li Yu ying, Siao Yu y otros, centenares de trámites de oficina, informes, listados, notas de prensa, fotografías, todo lo que constituyó el cuerpo documental de la administración de la BSI, fue olvidado. Es gracias a ese sustento básico, ignorado durante 20 años, que ha sido posible reconstruir y dar a conocer esta historia.

Afirmó Rafael Gomensoro unos meses después:

No hubo ninguna cosa rara. Un día la fundación privada²² me envió una solicitud pidiendo que le devolviera la biblioteca, consulté con el ministro y se las di. Esa biblioteca no la consultaba nadie. Era un problema para

conos para plumas de escribir, un libro de encuadernación clásica china en forma de acordeón con tapa roja y estuche de plástico, varios cuadros de bordados enmarcados y algunas pinturas. Los muebles permanecen en su totalidad.

21. Los libros de la Sala 13 están escritos en francés en su gran mayoría, aunque también los hay en inglés, español, italiano, alemán y portugués. Abundan clásicos de la literatura francesa, rusa, española, china e inglesa. Se destacan 42 tomos de obras de Voltaire, 26 de Charles Dickens, 19 de la *Historia de Francia*, de Michellet. Hay libros de protectores de la BSI como Édouard Herriot y de miembros de la *Free World International Association* como H. G. Wells. Además hay libros de ciencias, viajes, crónicas, historia, biografías, arte, crítica literaria, arqueología, diccionarios, asuntos financieros, medicina, textos jurídicos, registros de misiones religiosas, textos doctrinarios sobre masonería, anarquía y socialdemocracia, enciclopedias de animales, etc. Sobre China en particular, abundan los libros de Pearl S. Buck y de cronistas viajeros. Entre estos últimos, el más valioso por su antigüedad, es *Description générale de la Chine*, de 1787, en dos tomos, escrito por L'Abbé Grossier.

22. Se refiere a la Fundación *Shi Jie She (Chekiai)*.

nosotros, incluso por los robos. Guardaba una llave yo y otra la tenía la fundación, y puedo asegurarle que durante el tiempo de mi gestión nadie realizó ningún pedido para visitarla.²³

En el artículo de *Brecha*, el doctor Lin Shi jing, complementa las palabras de Gomensoro:

La fundación *Chekiai* me informó desde Taipei que no solventaría gastos de la biblioteca, ya que carecía de sentido que permaneciera en Uruguay donde nadie la utilizaba. A su vez, Gomensoro me dijo que la Biblioteca Nacional necesitaba el espacio del segundo piso y me preguntó si podíamos trasladarla a otro lugar. Coincidieron las dos cosas, y como se necesitaba el acuerdo de ambas partes solicitamos la autorización para trasladarla a nuestro costo.

Todo concuerda y sin embargo no hay nada nuevo en los argumentos de uno y otro. Desde hacía muchos años la BSI era poco frecuentada y desde hacía muchos años se necesitaba el espacio del segundo piso para los objetos de museo que la BNU guarda. Hay sin embargo, una causa de fondo que siempre se soslaya en todas las declaraciones y es el fin de las relaciones de Uruguay con Taiwán y el inicio de las mismas con China Popular, lo que traía aparejado la posibilidad cierta de que la BSI fuera reclamada por la Embajada de ese país en Montevideo. Al respecto afirma Gomensoro: «Ellos²⁴ creyeron que pertenecía al patrimonio histórico de China y la reclamaron, pero es indudable que pertenece a una fundación privada». Sin embargo, el primer secretario de la embajada de China Popular en 1993, señor Li Don, «manifestó desconocer que hubieran hecho reclamos oficiales por la Biblioteca»²⁵. En 1993 Lin Shi jing, por su parte, «aseguró que las conversaciones existieron pero a título informal». En aquel entonces la explicación más completa la suministró Roberto Che Ming-De:

El actual presidente de la fundación *Chekiai*, el señor Yen-Huang Wu, quien hasta hace poco fue legislador de Taiwán, viéndose envejecer quiso recuperar la biblioteca para su país, donde podría ser realmente utilizada. La fundación me pidió que intercediera para recuperarla.

23. Muleiro, J (Carlos María Domínguez), «El tesoro manchú y los vintenes uruguayos», *Brecha*, 26 de noviembre de 1993. A este artículo pertenecen las citas restantes.

24. Se refiere a representantes de la República Popular China.

25. Veinte años después, en 2012, otro primer secretario de dicha embajada, Kou Zegang, daría la misma respuesta que la de su par, Li Don.

En compensación a los servicios prestados donamos a la Biblioteca Nacional archivos, muebles y estanterías, equipos de audio y televisión, cuya importación actualmente aguarda la aprobación del Ministerio de Economía uruguayo, una impresora, sistema de fax, de microfilm, un sistema de refrigeración de verano para conservar libros antiguos y un valioso sistema de computación, que le permitirá crear una red informática para conectarse con el resto de las bibliotecas del país. Las dificultades de importación determinaron que finalmente la Biblioteca Nacional, luego de pedir tres presupuestos, celebrara un contrato con la firma Coasin por una suma superior a los cien mil dólares, que nosotros nos comprometimos a abonar.

Mientras tanto, el ministro de Educación y Cultura, Antonio Mercader, afirma que «di la autorización porque estaba establecido que se la devolveríamos en cuanto decidieran llevarla. No sé dónde la llevaron». Y agrega: «Yo me enteré del asunto de la biblioteca cuando las conversaciones ya estaban iniciadas y eso formó parte de las desinteligencias entre Gomensoro y yo. Él insistía en obtener algún rédito a cambio, cosa que yo no compartía. Manejó el tema en forma apresurada y negoció una donación de la fundación para computarizar la Biblioteca Nacional».

Estas declaraciones, sin duda vinculadas a la carta del 20 de julio de la que ya se ha dado cuenta, explican la suerte que para ese entonces correría Rafael Gomensoro quien, poco después de estos hechos, en setiembre de 1993, renunció a su cargo de director de la BN. «Me parece que el pago se hizo con equipos aportados por la fundación misma», siguió informando Mercader. «El país no tenía ningún derecho sobre el patrimonio de la biblioteca. Recibí muchas llamadas para que la entregara a Taiwán, pero ninguno para que no la entregara». El *affaire* de la «devolución» de la BSI tuvo como último coletazo la renuncia de Rafael Gomensoro como director de la BNU. La renuncia le fue solicitada y el presidente Luis Alberto Lacalle decretó su cese el 30 de setiembre de 1993.

El arquitecto Cheung-Koon Yim, actual presidente y fundador del Instituto Confucio de la UdelaR, me ha manifestado que la BSI debió permanecer aquí cumpliendo el papel para el que inicialmente fue traída, es decir, como centro de irradiación de la cultura china para el cono sur, generando bases para desarrollar la sinología en el Uruguay. Hoy, el interés por esa cultura, su lengua y su caligrafía podría ir en aumento si tenemos en cuenta la creciente influencia de China Popular en el tablero mundial.

En la BNU, mientras tanto, la BSI continúa siendo un fantasma del pasado que insiste en reaparecer. Para quienes conviven diariamente en ella el episodio guarda todavía un misterio casi insondable, la presencia de algo absurdo y extraño que invadió por años al viejo edificio que conserva el rico acervo cultural uruguayo. Tan importante era conjurar su presencia como rescatar su historia aunque algunas de sus interrogantes persistan quizá para siempre.

Fuentes

- Alzugarat, Alfredo, comp. *Diario de José Pedro Díaz*. Montevideo: Biblioteca Nacional-Banda Oriental, 2012.
- Archivo Amanda Berenguer (BNU).
- Archivo Arturo Sergio Visca (BNU).
- Archivo Histórico Administrativo de la Biblioteca Nacional de Uruguay. Correspondencia, Informes de Dirección y Notas conservadas en la Oficina Reguladora de Trámites.
- Archivo de la Biblioteca Sino-Internacional (BNU).
- Archivo José Pedro Díaz (BNU).
- Archivo Hugo Fernández Artucio (propiedad de la familia Fernández Faingold).
- Archivo Luis Batlle Berres (Archivo General de la Nación).
- Biblioteca Nacional 181 años. Historia, organización, servicios*. Montevideo: Ministerio de Educación y Cultura, 1997.
- Bibliothèque Sino-Internationale. Sections: Genève-Shanghai* (libro de presentación). Shanghai: Che Kiai Chou Kiu, Sociéte Limitée des «Editions Internationales», 1934 (propiedad del arquitecto Cheung-Koon Yim).
- Testimonio de Protocolización de Declaratoria relacionada con la Biblioteca Sino-Internacional*. Escribanía Varese. Montevideo, 1969.
- Visca, Arturo Sergio (edición y prólogo). *Catálogo de los libros chinos antiguos de la Biblioteca Sino-Internacional*. Montevideo: Biblioteca Nacional, 1984.

Bibliografía consultada

- Alsina, Andrés. «Biblioteca celestial», en *Rocket*, Año 1, n.º 1, 2013-2014.
- Báez, Fernando. *Nueva Historia Universal de la destrucción de libros. De las tablillas sumerias a la era digital*. México D.F., Océano, 2013.
- Bajter, Ignacio. «Archivocracia y literatura en Uruguay. Figura y método de Roberto Ibáñez», en *Lo que los archivos cuentan 1*. Montevideo: Biblioteca Nacional de Uruguay, 2012.
- Bonilla Saus, Javier, Diego Da Ronch, Guzmán Castro y Pablo Brum. *Un caso exitoso de negociación diplomática: el reconocimiento de la República Popular China*. Montevideo: Universidad ORT, 2007.

Domínguez, Carlos María (Julián Muleiro). «El tesoro manchú y los vintenes uruguayos. Rapsodias de una biblioteca en fuga», en *Brecha*, Montevideo, 26 de noviembre de 1993.

Páginas web citadas en el texto.

Prensa de la época citada en el texto.

Shambaugh Elliot, Jeanette, *The Odyssey of China's Imperial Art Treasures (La odisea de los tesoros imperiales artísticos de China)*. University of Washington Press, 2005.

Shurtleff, William y Akiko Aoyagi. *Li Yu-ying (Li Shizeng). Historia de su trabajo con alimentos de soya en Francia, y su carrera política en China y Taiwán (1881-1973)*. Sofinyo Center (USA): 2011.

Spurling, Hilary. *Pearl S. Buck. Enterrar los huesos*. Barcelona: Circe, 2012.

Siao-Yu. *Mao Tse-Tung and I were beggars*. Prólogo de Lin Yu-Tang. Nueva York: Syracuse University Press, 1959.

